



La conquista del instante
Octubre. Hay un cielo que baja y es el cielo,
de Nadia Escalante Andrade

Héctor Antonio Sánchez

Fotografía: Alejandro Arteaga

HAY UNA CIERTA IDENTIDAD ENTRE LOS CICLOS de germinación y de reproducción en la naturaleza y el proceso de maduración de la literatura; una analogía entre el avance del reino vegetal y la fructificación de la imaginación poética. Es cierto: existe la poesía que brota casi como un estallido y la poesía que exige una gestación más serena; pero ambas requieren, a ritmos diversos, la gemación de intuiciones visuales o sonoras hacia el árbol irreplicable del poema.

El poemario *Octubre. Hay un cielo que baja y es el cielo*, de Nadia Escalante Andrade, es felizmente consciente de esta biología. Tejidos con la paciencia de Deméter, los catorce poemas que lo integran, desplegados en siete secciones, cargan el signo del mes que les da nombre, alojado en el otoño, época de siega y de cielos bajos y rojizos. La elección del nombre no es ingenua: alude al proceso mismo de la creación artística.

Es curioso el sino de *Octubre...*, señalado con el Premio Internacional de Poesía “Ciudad de Mérida” 2013, como si lo imantara el aura de una ciudad de la provincia mexicana. No hace falta decirlo: la palabra “provinciano” guarda en nuestro uso un tufillo peyorativo. Con frecuencia, la modernidad de nuestra tradición poética ha sido asociada a un marcado cosmopolitismo; Escalante Andrade no rehúye, en cambio, abrazar el provincianismo, pues “hay algo anacrónico en admitir el campo”. Uso el término en la esperanza de destacar sus virtudes: lo apunto como un capricho que cifre el insuflor primigenio, atávico, de su tratamiento y de sus temas. *Octubre...* es libro que, de la mano por igual de Federico García Lorca y de Héctor Viel Temperley, vuelve al campo y la provincia como quien vuelve a la conquista de los ciclos naturales y al conocimiento ancestral.

En su brevedad, la catorcena de poemas marca una amplia travesía de la conciencia: la del apropiamiento del mundo exterior mediante la materia y sus procesos —formación de nubes, tacto de la madera, elaboración del pan— que lentamente va dando paso, hacia la segunda mitad del libro, a una creciente presencia de lo místico, al final resuelto en la abundancia de la luz. Pero este apropiamiento no puede ser un mero acto de delectación pasiva, como no puede ser el contacto con lo espiritual un intangible rapto de éxtasis: el tránsito ocurre siempre por una suerte de continuidad entre el cuerpo que observa y el mundo observado, por el reconocimiento de la propia materia como frontera y como constituyente del mundo del que es parte; del vaso de concreción que es el cuerpo mismo:

Darle forma a la materia es despertarla,
moldearla como a un fruto nuevo
concentrándola en sí misma;
en mis manos
se abre el cuerpo de la tierra, la mirada del sol,
la templanza del agua y el rigor del crecimiento...

¿Cuáles son los elementos que se conjugan en el libro? Menos peso guardan para él aire y fuego; en cambio, cifran su pedagogía el agua y la tierra. Esta predilección no es un accidente, pues ocurre en él una suerte de inmersión a los abismos del interior del mundo: germinación en el humus; silencioso cauce del agua subterránea. Esta inmersión es dual: gestación y putrefacción; manantial y ahogo; muerte y renacimiento. De allí que en tantos de estos poemas, y de sus imágenes, convivan sutilmente el horror y la maravilla.

Una clara muestra es el poema llamado “El pozo”, que despliega una imagen ancestral: una mujer que extrae agua con una cubeta, mientras “abajo otras siluetas aparecen / como hojas de cuchillo bajo el agua”. Yucatán, tierra de la autora, es pródiga en cenotes: una geografía calcárea bajo cuyo manto discurre el misterio de un agua adánica y edénica. Esta asociación es tan inmediata como insuficiente: en realidad, cualquiera de nosotros, capitalino o provinciano, reconoce el acto como una imagen atávica. Sí: el pequeño milagro de extraer los jugos del interior de la Tierra.

Acaso por la cierta parsimonia de los versos, por su ecuanimidad, una primera lectura pudiera pasar por alto la constante proximidad de la muerte. Pues en una pieza que explora la comunión del individuo con el mundo, el encuentro del ser con la otredad necesariamente debe conducir a la otra orilla: de allí la aparición de un cierto fervor y aun de religiosidad en la sección llamada “Celebración”; allí la tierra se anima por la presencia de los muertos. No es éste otro festín que el de nuestro Día de Muertos, bajo la forma acaso del Hanal Pixán peninsular. Aquí la comunión con el mundo natural y tradicional se vuelve comunión con el otro mundo:

Al monte, a mis ancestros, yo les daré un arbusto de
Nochebuena,
un girasol, sandías dulces y fuertes como tambores.
Para que salgan de la tierra donde alimentan bulbos y
ríos subterráneos.

Esa comunión está marcada por el ritual, y no hay en ella horror sino, antes, arrebató: “baila hasta que tus ancestros despierten, sacudan las varas de los flamboyanes”.

Esta sensibilidad inclinada a lo místico alcanza su estela más alta en la sección que da uno de sus títulos al libro: “Hay un cielo que baja”. Un solo poema la integra: “Cielo entre montañas”, uno de los más logrados —por visual y por denso— del volumen. En él, por el pretexto de una gotera en un apartamento, la voz que lo conduce reflexiona sobre el contacto de lo alto y de lo bajo, sobre el descenso de la materia de las alturas celestes a lo terrenal y a lo pedestre:

Pero Dios está en esos nubarrones,
preso entre las montañas,
como agua en una cubeta
donde caen los desperdicios del mundo.

Ese descenso no es una mera constatación; pasa por el propio cuerpo, se cumple en el pequeño ritual del individuo: “Baja tu frente a la tierra, mientras el cielo sigue cayendo sobre ti.”

La última parte del libro —su título primordial, “Octubre”— parece completar su travesía mediante la conquista del instante, por la sabia administración de la luz: si el amarillo ha sido una presencia sutil, pero firme, a lo largo de sus páginas, en los dos poemas conclusivos —como tras purgarse el conocimiento de las entrañas del mundo— ilumina todas las estancias; y esa iluminación se cumple para el individuo en una “Pequeña pieza china para guitarra”, en que por la perseverancia surge —como los frutos de las semillas— la posibilidad del arte, pues las notas musicales sobre el instrumento “llegaron a ser, prender un fuego, / dejaron de ser una fricción en vano”; y se cumple, finalmente, la luz en la reunión con el otro, en el abrazo con el amante, en la conquista del espacio familiar, en la consonancia con el ritmo del mundo.

En la escena de la joven poesía escrita en México, *Octubre. Hay un cielo que baja y es el cielo*, se antoja un verdadero fruto otoñal, madurado en la riqueza de sus imágenes, en el imán de sus evocaciones y, no menos importante, en la exactitud y la limpieza de sus versos, pues como bien lo muestra la autora, también las palabras merecen ser terreno de siembra y de cosecha. 🌱



Nadia Escalante Andrade
Octubre. Hay un cielo que baja y es el cielo
México, Textofilia
2014, 56 pp.